



¿Cómo escribir la identidad de Navarra? De la historia a la metahistoria¹

Santiago Leoné Puncel

Al hechizo épico de Calfope iba a acompañar en adelante, cierto que hermanada y entrañablemente, la prosa de Clío, narración puntual de lo acontecido, de apariencia adusta pero con lecturas y silencios también míticos y cautivadores. Todo ámbito evolucionado de civilización generó así su propia cultura historiográfica [...], con un encadenamiento de los hechos memorables que al propio tiempo servía de un modo u otro como alegato justificativo de las vigentes instancias de poder y sus proyectos.²

Podemos, en una obra histórica, comprobar la exactitud de cada una de sus afirmaciones: si tal hecho ocurrió en tal lugar o en tal año, si tal guerra estalló en tal mes o si tal ley fue promulgada por tal ministro. Pero, tal y como viene argumentando Hayden White,³ no podemos decidir del mismo modo acerca de la manera de organizar los materiales que componen un relato histórico. Las líneas que siguen se ocupan de un relato que quiere explicar una identidad. En ellas trataré de mostrar el carácter «inventado» o «imaginado» de ese relato, su no evidencia, mostrar, en definitiva, que ese relato *significa*, responde a un discurso

construido por unos hombres en un momento histórico concreto, y no *reproduce* de modo objetivo la realidad.⁴

Si hemos de creer a Steven Englund, autor de un reciente *review article*,⁵ algunos historiadores franceses se han visto atacados por una cierta *nostalgie du coeur*. Dicha nostalgia estaría causada por un espectro que recorre Francia (o, al menos, sus ambientes académicos) y que ha llevado a varios historiadores a emprender un proyecto que hubiese sido muy poco del gusto de los fundadores de *Annales*: escribir una historia nacional.⁶ Entre quienes lo han intentado, Englund menciona a tres personas: Pierre Chaunu, Fernand Braudel y Pierre Nora. Englund no deja de señalar los paralelismos entre la obra de Chaunu y la *Histoire sincère de la nation française* de Charles Seignobos, publicada en 1933. Ambas constituyen relatos fuertemente teleológicos en los que se narra el origen y desarrollo de la nación francesa, concebida como *una persona* a la que ambos autores aman profundamente.

Seguramente, sin embargo, quien con mayor sofisticación se ha enfrentado a esta «nostalgia del corazón» ha sido Pierre Nora.⁷ Su obra, *Les lieux de mémoire*, ha reunido a muchos de los más importantes historiadores franceses para celebrar aquellos símbolos, acontecimientos, conceptos, objetos... más significativos de la memoria nacional francesa. En *Les lieux de mémoire*, Nora ofrece un recorrido por la historia de Francia que evita, a la vez, la narración ingenua y la forma de diccionario de la A a la Z. Pese a la calidad de las distintas contribuciones, la obra dirigida por Nora, en especial la orientación que éste ha pretendido darle, no ha estado libre de críticas, particularmente la de caer en una mística de la nación.⁸ No es mi intención, en todo caso, repetir o refutar aquí dichas críticas. La presencia de *Les lieux de mémoire* debe servir de telón de fondo o de punto de comparación para el análisis que me interesa.

Hace ya dos años que se publicó en Navarra una obra que puede muy bien ilustrar el problema de los límites (imprecisos) entre historia, memoria y ficción. Me estoy refiriendo a la obra titulada *Signos de identidad histórica para Navarra* (citado a partir de ahora como *SIHN*), dirigida por Ángel Martín Duque,⁹ y en la que han colaborado numerosos especialistas (un total de 38). Es mi intención aquí sugerir que (igual que en *Les lieux de mémoire*), a pesar de la calidad de algunos de sus artículos, bajo los ropajes académicos de la obra es perceptible una concepción, en última instancia, mítica.

Quizá sea bueno, antes de empezar, hacer una breve descripción de los libros que la componen. *SIHN* se divide en dos volúmenes: el primero, dedicado principalmente a la historia medieval¹⁰ y el segundo, a la historia de Navarra desde 1512 hasta la actualidad. Los dos están organizados en un total de cinco grandes secciones: «Edificación de una historia y una cultura», vol. I, pp. 19-128; «El paisaje histórico. Vascones, pamploneses, navarros», vol. I, pp. 130-326; «Ante los reyes de “extraños lugares”», vol. I, pp. 327-478; «En la monarquía española», vol. II, pp. 7-278; «Del “pacto” al “amejoramiento”», vol. II, pp. 279-494. Cada sección se divide en capítulos (un total de doce¹¹), que a su vez reúnen varios artículos.

Es posible que sean ya evidentes ciertos paralelismos¹² entre los *SIHN* y *Les lieux de mémoire*. En ambos casos estamos ante obras colectivas que, de un modo muy marcado, celebran una colectividad concreta. En ambos casos, pese a la diversidad de temas y enfoques, los directores respectivos, P. Nora y A. Martín Duque, han pretendido informar la obra con

una idea rectora muy clara. En ambos casos, por último, dicha idea u orientación no está libre de críticas, críticas que son el motivo de esta comunicación. Creo que podría hacerse tres tipos de objeción a *SIHN*:

Para empezar, en ningún momento se define qué se entiende por «signo». Uno nunca llega a saber qué debe considerarse (y qué no debe considerarse) un «signo de identidad histórica». Esta indefinición lleva a que, en unas ocasiones, se banalice la noción¹³ y a que, en otras, se incluyan temas cuya relación con unos posibles «signos de identidad histórica» no deja de resultar misteriosa.¹⁴ La crítica se refiere no tanto al contenido en sí de los artículos, sino a su inclusión en una obra de este tipo. Tampoco se define cuál es la relación de los «signos» con su referente, es decir, con la «identidad histórica de Navarra». No sabemos o, al menos no se nos dice explícitamente, si los «signos» son reflejo de una identidad esencial o si, por el contrario, constituyen dicha identidad...

En segundo lugar, en *SIHN* se evita de modo cuidadoso el conflicto, incluido el que aquí más nos interesa: el conflicto de memorias. No hay a lo largo de *SIHN* muestras de que tenga algo que ver con Navarra la concepción que el nacionalismo vasco tiene de la identidad de la misma. Tan sólo en un artículo se menciona esta concepción de Navarra, al ocuparse de la historiografía en los siglos XIX y XX. El propio título del artículo no deja de ser interesante: no se trata ya de historiografía sino de «evocaciones y debates romántico-nacionalistas».¹⁵ Más allá de estos «debates y evocaciones», el nacionalismo desaparece.

Posiblemente no esté fuera de lugar señalar en este punto que mi pretensión no es sugerir que la concepción de la identidad de Navarra que el nacionalismo propone sea la correcta. Pero entiendo que es una concepción que existe dentro de Navarra y que, como tal, debiera figurar en una obra que se propone recoger los signos de la identidad (al parecer, plural) de Navarra. Entre paréntesis, se puede objetar a mi argumento que, puesto que no se ha definido qué es un «signo de identidad histórica», no tenemos criterios para discutir qué debe y qué no debe figurar como tal y, por tanto, todo mi razonamiento en torno a la cuestión del nacionalismo es fútil.

En el artículo ya citado de S. Englund, hay un comentario acerca de *Les lieux de mémoire*, que se aplica especialmente bien a nuestro caso. Pese a su extensión, merece citarse de modo completo:

*Nora displays no interest whatever in considering the sociopolitical conflict and design attendant on his own production of 'memory transformed by history'. He acknowledges generally the disputation and fragmentation of competing memories, but it does not appear to occur to him that his own goal in L[ieux de] M[émoire] may be sentimental, illusory, and, insofar as the memories chosen to be 'fixed' constitute a particular canon, political. There never has been, after all, and is not now, anything like widespread agreement in France about the composition of the canon of 'national memories'.*¹⁶

En el primer tomo de *Les lieux de mémoire*, dedicado a la República, hay una sección titulada *Contre-mémoire*.¹⁷ Como muy bien dice Englund, Nora no explica según qué criterios se distingue entre memoria y contramemoria. En todo caso, con toda la vaguedad que se quiera respecto a los criterios de selección, al menos se permite que la «contramemoria» aparezca. Es más de lo que ocurre en *SIHN*.

Aunque quizá sea un error llevar demasiado lejos las analogías entre *Les lieux de mémoire* y *SIHN*. Posiblemente los dos volúmenes dirigidos por Ángel Martín Duque se sitúan en un espacio parcialmente distinto a los de la obra de Pierre Nora. Es notable que, aunque en ambos casos la cuestión es las representaciones de dos colectividades concretas (Francia y Navarra), *Les lieux de mémoire* se ocupan de algo reconocidamente subjetivo, la memoria. Por el contrario, *SIHN* se ocupa de los signos de la identidad, posiblemente una. Esto explicaría la exclusión de otras concepciones de esa identidad (salvo en su forma de «evocaciones románticas» o de «recreaciones decimonónicas, teñidas de romanticismo y cargadas de ideología»). Es muy significativo en este sentido el uso constante, sobre todo por parte del propio A. Martín Duque, de la palabra «romántico» o «romanticismo» para referirse a la historiografía del siglo XIX. Dicho término no las encuadraría tanto en una época como las definiría por oposición a una historiografía más seria, más científica. Las «evocaciones y debates romántico-nacionalistas» serían una desviación momentánea, algo que, efectivamente, tendría que ver con la memoria subjetiva. Los «signos», por el contrario, reflejarían, gracias a una historiografía más serena, menos «románticamente» apasionada, una identidad objetiva. Aquí está, tal vez, la solución al dilema, planteado más arriba, de la relación entre los signos y su referente.¹⁸

Por último, deseo llamar la atención (y esta es la tercera crítica) sobre el hecho de que, pese a todos sus ropajes académicos, *SIHN* participa de un discurso mítico al definir la identidad de Navarra principalmente por su historia medieval.

Al contrario que *Les lieux de mémoire*, *SIHN* no rechaza la narración ni la teleología. De modo general, el conjunto de la obra viene organizado por los artículos de A. Martín Duque,¹⁹ situados generalmente al comienzo de cada capítulo, los cuales establecen el relato básico (un relato, por cierto, de historia política tradicional) que da estructura y cohesión al libro. No hay que temer, sin embargo, que me dedique ahora a citar extractos de todos y cada uno de esos artículos. En las páginas mismas de la introducción nos encontramos ya con un fascinante ejemplo de historia teleológica:

En las raíces de toda comunidad diferenciada está la autoconciencia, entenderse como conjunto geohistórico de perfiles precisos, con una trayectoria y un proyecto propios. De aquí el profundo pórtico de una tradición historiográfica bimilenaria, memoria reflexiva, desde los primeros testimonios escritos, los foráneos, curiosidad ocasional y anecdótica, con escuetos informes y elocuentes silencios de observadores más o menos lejanos, pero también las primeras certificaciones internas, expresas o intuídas, lacónicos clamores de existencia concreta, personalizada; andando el tiempo, la comunidad dará cuenta ya de su comparecencia histórica como reino, mediante un manojo de sutiles pero rotundos mensajes, entre el depósito acumulativo de tradiciones y los objetivos vitales perseguidos; luego el encadenamiento transgeneracional de los monarcas, como luminoso iceberg, símbolo del reino; más adelante, el súbito clamor de los paladines sociales instando de forma categórica las virtualidades de un protagonismo imaginariamente originario; en los umbrales ya de la modernidad, los afanes cronísticos de cierto empaque literario; no mucho después, los laboriosos avances de la erudición renacentista, hasta llegar a las recreaciones decimonónicas, teñidas de romanticismo y cargadas de ideología, proyectadas noblemente hacia el futuro entre el ensueño de las nostalgias y las promesas y dudas de reencuentro,

bien con el 'ser' amejorable de la tradición endógena, bien con un 'llegar a ser' de voluntaristas raigambres ancestrales.²⁰

Para establecer esa continuidad bimilenaria es necesario equiparar de modo constante a lo largo de todo el primer volumen «Navarra» y «reino de Navarra». Buena parte de los «signos de identidad histórica para Navarra» estudiados en el primer volumen resultan ser realmente «signos de identidad para los reyes de Navarra» (lo cual no es exactamente lo mismo): emblemas regios,²¹ signos manuales y firmas regias,²² imagen monetaria de los reyes,²³ cimbras, colores y divisas,²⁴ castillos...²⁵ El Fuero o los Fueros marcarían la continuidad de Navarra entre la Edad Media y la actualidad.

Hay un giro o una expresión que resuena a lo largo de los dos volúmenes de *SIHN*, expresión, por otra parte, utilizada frecuentemente también por periodistas y políticos, que contiene de modo extremadamente sintético el carácter mítico del discurso que comento. Estoy aludiendo a la expresión «viejo reyno» [sic] para referirse a Navarra. En mi opinión, esta expresión constituye un ejemplo puro de mito, tal como lo definió Roland Barthes.²⁶ En un primer plano, «viejo reyno» denota que Navarra ha constituido un reino independiente y no parece que haya nada que objetar. En un segundo plano (el plano propiamente mitológico o mítico), la expresión «viejo reyno», particularmente a través de la grafía arcaica de la palabra «reyno», quiere connotar la continuidad ininterrumpida de la historia de Navarra, la constitución de un relato sin fisuras ni cortes que se inicia con los vascones y llega hasta nuestros días. En todo caso, A. Martín Duque nos ilustra, mejor de lo que yo pueda hacerlo, acerca de la expresión «viejo reyno»:

En la caracterización de Navarra como comunidad histórica con entidad propia y diferenciada quizá no se encuentra en los últimos siglos una expresión tan escueta y rotunda como cargada de profundos simbolismos que la de «viejo reyno». Refleja la convicción colectiva, animada permanentemente por la memoria historiográfica, de que este pequeño y variado perímetro geopolítico [...] constituyó durante más de un milenio un espacio de poder público internamente trabado, un *regnum*, sin servidumbres o instancias superiores de cualquier especie y [...] tan antiguo y glorioso como el que más.²⁷

No desearía ir tan lejos como para afirmar o meramente sugerir que los participantes en *SIHN* se han inventado o han creado *ex nihilo* una identidad para Navarra.²⁸ Lo que quiero sugerir aquí es que, si hemos de buscar en algún sitio la «identidad» de Navarra, no es en la Edad Media, sino más bien en el siglo XIX. Precisamente el discurso que identifica y define a Navarra en términos de su historia medieval se crea o se construye en el siglo XIX, no sólo por parte de historiadores, sino también de novelistas, antropólogos, artistas, arqueólogos...²⁹ Más concretamente, mi propuesta de trabajo sería que en la segunda mitad del siglo XIX se construyen dos discursos en torno a Navarra: uno que la define en términos de su historia medieval, la época en la que constituyó un reino independiente, y otro que la define en términos culturales antes que institucionales (sería un discurso venido de la tradición de estudios vascos). Hasta el siglo XX ambos discursos ocuparían un espacio común, no se oponen entre sí. Sólo en este siglo se escindirían en sus usos políticos: la historia medieval

serviría al llamado «navarrismo», que se apoya en la existencia de una entidad política, el reino de Navarra, y en la inexistencia de una entidad política vasca que alguna vez haya unificado a las cuatro provincias. Desde esta perspectiva creo que cobra sentido la indiferenciación entre «reino de Navarra» y «Navarra» (y entre sus signos respectivos) presente en *SIHN*. Creo que es clara también la implicación de que la obra *SIHN* no constituye un discurso científico acerca de una realidad objetiva sino la continuación de un discurso iniciado en el siglo XIX. Es imposible resistir en este punto la tentación de subrayar la paradoja de que, quienes hicieron posible este discurso «navarrista», fueron hombres en cuyo horizonte se encontraba, en muchos casos, la idea de Euskal Herria. El discurso cultural, por su parte, al descubrir y resaltar un *continuum* de lengua y tradiciones entre Navarra y Vascongadas, se prestará a la utilización por parte del nacionalismo.³⁰

Así puede entenderse cuál es la función de la relegación de la historiografía «romántica» al desván de las evocaciones sentimentales. Es una historiografía incómoda, porque nos descubre dos cosas. Por un lado, deja al descubierto que nos hemos inventado hace muy poco, que el discurso navarrista es muy reciente, que nuestra identidad, en fin, no se hunde en la noche de los tiempos. Por otro, nos muestra que los *Schwarzkünstler*,³¹ los inventores de nuestra identidad, no son los que creíamos que eran: los mismos que inventan Navarra inventan también Euskal Herria. Por ello, si vamos a estudiar la «identidad de Navarra», lo que debemos recolocar en el centro de nuestras preocupaciones son precisamente las «evocaciones romántico-nacionalistas» del siglo XIX. Y lo que es aún más importante: la investigación en las obras del siglo XIX posiblemente no nos lleve a descubrir la «identidad» de Navarra, pero sí cómo se ha construido nuestra actual concepción de dicha «identidad».

Por tanto, no estoy sugiriendo sustituir un «gran relato» navarrista por otro de corte nacionalista vasco. Mi propuesta se refiere más bien a la necesidad de abandonar concepciones esencialistas (e idealizadas) acerca de la «identidad» de Navarra, o de cualquier otra colectividad, y aceptar el carácter histórico, i.e., construido, «inventado», de dicha «identidad». Es decir, emprender un trabajo no histórico, sino más bien metahistórico,³² de los *textos* en que se construye dicha «identidad». Este acercamiento al problema de la identidad de Navarra tendría como consecuencia, además de ser, en mi opinión, históricamente más acertado, permitir el desarrollo del debate en torno a cuál debe ser la actitud de Navarra ante ciertas cuestiones, y no escamotearlo en la pirotecnia de unos signos falsamente univalentes, apuntando todos hacia una identidad esencial.

1. Este trabajo forma parte de una tesis doctoral que estoy realizando en la Universidad de Navarra y para la que cuento con una beca del Ministerio de Educación y Cultura. Es, por otro lado, una versión algo retocada de una comunicación que presenté en el IX Congreso «De la Ilustración al Romanticismo. Memoria, historia, ficción», celebrado en Cádiz del 14 al 16 de mayo. Desde entonces han aparecido obras que abordan la cuestión de la identidad de Navarra de modo distinto y más sugerente que el planteado en los dos volúmenes de *Signos de identidad histórica para Navarra*. Me refiero, por ejemplo, al libro de Josetxo Beriain, *La identidad colectiva: vascos y navarros*, Pamplona, 1998, o, sobre todo, a las comunicaciones de Iñaki Iriarte López («La lengua, los bosques, las casas y las leyes. Un caso de homotimia en la cultura política navarra») y Javier Jiménez Gil («Los usos de Martín de Azpilcueta») ambas recogidas en *Mito y realidad en la Historia de Navarra. Actas del IV Congreso General de Historia de Navarra*, vol. II, Pamplona, 1998, pp. 55-66 y 67-80 respectivamente. Puede verse también mi trabajo sobre «Francisco de Javier como texto legible (1880-1922)», *ibid.*, pp. 81-94. Pese a estos intentos aislados, creo que el discurso dominante en Navarra es el planteado por los dos volúmenes dirigidos por A. Martín Duque, y de ahí que siga encontrando pertinente la crítica que planteo en las líneas que siguen.
2. Ángel J. Martín Duque, «Del espejo ajeno a la memoria propia», en Ángel J. Martín Duque (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, 2 vols., Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996, vol. I, p. 21.
3. Entre otras obras de H. White, cf. «Historicism, History, and the Figurative Imagination», en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 101-120, y «The Historical Text as Literary Artifact», en Robert H. Canary y Henry Kozicki (eds.), *The Writing of History. Literary Form and Historical Understanding*, Madison, University of Wisconsin Press, 1978, pp. 41-62.
4. Cf. Lionel Gossman, «History and Literature. Reproduction or Signification», en R.H. Canary y H. Kozicki (eds.), *op. cit.*, pp. 3-39.
5. Steven Englund, «The Ghost of Nation Past», *Journal of Modern History*, 64 (1992), 299-320.
6. Aunque el artículo está dedicado principalmente a comentar la obra de Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1986, S. Englund cita también dos obras más: Pierre Chaunu, *La France: histoire de la sensibilité des français à la France*, París, 1982 y Fernand Braudel, *L'identité de la France*, 3 vols., París, 1986. En el momento en el que escribía Englund todavía no habían aparecido los tres últimos volúmenes de la obra dirigida por P. Nora. En estos últimos volúmenes Nora ha asumido y tratado de corregir varias de las críticas realizadas no sólo por Englund, sino también por algunos historiadores franceses.
7. Además del *review article*, muy crítico, de S. Englund, puede verse el comentario más laudatorio de Nancy Wood, «Memory's remains: *Les lieux de mémoire*», *History and Memory*, 6 (1994), 123-149.
8. «*Les lieux de mémoire*, as countless 'national' works before it, [...] seeks to reassign the sacred to a fluid ideological entity called 'nation', an entity 'which contributed to giving a society in the process of national laicization its sense and its need of the sacred'», S. Englund, *op. cit.*, p. 318.
9. Ángel J. Martín Duque (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, 2 vols., Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996.
10. Este primer volumen recoge también varios artículos sobre historiografía y algunas cuestiones etnográficas.
11. Los capítulos son: «La reflexión historiográfica», vol. I, pp. 21-82; «Sedimentos culturales», vol. I, pp. 83-128; «Precedentes y configuración de un reino», vol. I, pp. 131-202; «La tierra y los hombres», vol. I, pp. 203-326; «La majestad del soberano», vol. I, pp. 329-404; «El 'reino o pueblo'», vol. I, pp. 405-478; «Los reyes distantes», vol. II, pp. 9-64; «El reino, tradición y proyecto. Mentalidades», vol. II, pp. 65-220; «Las 'otras Navarras'», vol. II, pp. 221-278; «Por una figuración del 'viejo reino'», vol. II, pp. 281-370; «Reminiscencias ancestrales», vol. II, pp. 371-406; «Nuevas miradas, nuevos lenguajes», vol. II, pp. 407-494.
12. Debe quedar claro que la comparación entre las dos obras es observación mía. Ni A. Martín Duque, ni ninguno de los colaboradores en *SIHN* citan como modelo o fuente de inspiración la obra de Nora. Creo, no obstante, que existen razones suficientes para establecer la comparación.
13. Cf., por ejemplo, Julia Pavón Benito, «La firma, signo de identidad personal», en *Signos...*, vol. I, pp. 341-342.
14. Cf. Ricardo Fernández Gracia, «Iconografía moderna de los bienaventurados», en *Signos...*, vol. II, pp. 169-182. En otras ocasiones es el enfoque el que no concuerda: cf. Clara Fernández-Ladreda Aguadé, «Arte y devoción en la imaginería medieval mariana», en *Signos...*, vol. I, pp. 457-468, que establece una clasificación formal de las imágenes marianas.
15. José Manuel Díaz Acosta, «Evocaciones y debates romántico-nacionalistas», en *Signos...*, vol. I, pp. 61-82.
16. S. Englund, *op. cit.*, pp. 305-306. Énfasis añadido.
17. Incluye dos artículos: Jean-Clément Martin, «La Vendée, région-mémoire», en *Les lieux...*, t. I, pp. 595-617 y Madeleine Rebérioux, «Le mur des Fédérés», *ibid.*, pp. 619-649.
18. Citando a André Burguière, S. Englund nota que una memoria nacional *that defines itself in terms of subjective memory runs the risk of confusing itself with what it affirms about itself rather than what objectively is*, S. Englund, *op. cit.*, p. 306. No es el problema de *SIHN*: la identidad no se define en términos de memoria subjetiva, sino de signos que aluden a una realidad objetiva.

19. A. Martín Duque contribuye con once artículos, además de la introducción a la obra: «Del espejo ajeno a la memoria propia», vol. I, pp. 21-50; «Modos de expresión cultos y populares», vol. I, pp. 83-84; «Mensajes de un mundo antiguo. De los Vascones a los Pamploneses», vol. I, pp. 131-138; «Del reino de Pamplona al reino de Navarra», vol. I, pp. 145-154; «Configuración de una sociedad en expansión», vol. I, pp. 203-206; «Redes dinásticas y patrimoniales», vol. I, pp. 329-330; «Las dinastías 'extrañas' de reyes y la acumulación de títulos», (en colaboración con Ignacio Panizo Santos), vol. I, pp. 331-340; «Imagen originaria de los 'Fueros'», vol. I, pp. 405-408; «Reino 'de por sí', unión 'equeprincipal' a la corona de Castilla», vol. II, pp. 9-24; «'Estados' o 'reino'. Liturgia de la realeza navarra moderna», vol. II, pp. 65-72; «Del pacto al amejoramiento. Signos de identidad», vol. II, pp. 281-288.
20. Ángel J. Martín Duque y Javier Martínez de Aguirre Aldaz, «Introducción», en *Signos...*, vol. I, pp. 14-15.
21. Faustino Menéndez Pidal de Navascués, «Primeros emblemas regio», en *Signos...*, vol. I, pp. 175-186.
22. Julia Pavón Benito, «Signos manuales de los reyes», en *Signos...*, vol. I, pp. 155-158.
23. Eloísa Ramírez Vaquero, «Imagen monetaria de los monarcas foráneos», en *Signos...*, vol. I, pp. 343-350.
24. Mikel Ramos Aguirre, «Cimeras, colores y divisas», en *Signos...*, vol. I, pp. 361-374.
25. Javier Martínez de Aguirre Aldaz, «Ennoblecimiento artístico en tiempos de Carlos III», en *Signos...*, vol. I, pp. 437-456.
26. Roland Barthes, *Mitologías*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1994, X.
27. Ángel J. Martín Duque, «Del reino de Pamplona al reino de Navarra», en *Signos...*, vol. I, p. 145. No es el único lugar en el que lo utiliza, ni el único historiador que lo hace en *SIHN*. Recuérdese también que el capítulo 10 se titula «Por una figuración del "viejo reino"».
28. Tampoco pretendo atribuir las ideas que comento a propósito de *SIHN* a todos sus colaboradores.
29. Me estoy refiriendo a la obra de personajes como Juan Iturralde y Suit, Arturo Campión, Julio Altadill, Francisco Navarro Villoslada, Nicasio Landa, etc.
30. Por supuesto, este esquema supone una simplificación. Ninguno de estos discursos forma un compartimento estanco. El «navarrismo» puede tomar el acercamiento etnográfico (ahí está la obra de José María Iribarren) y el nacionalismo puede utilizar el discurso institucional. Cf. por ejemplo Joxe Azurmendi, *Los españoles y los euskaldunes*, Fuenterrabía, Hiru, 1995, entre otros.
31. Cf. Michel Foucault, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-Textos, 2ª ed., 1992, p. 15.
32. En el sentido de Hayden White, *Metahistory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973, y los artículos citados en la nota 2.

RESUMEN

Podemos, en una obra histórica, comprobar la exactitud de cada una de sus afirmaciones: si tal hecho ocurrió en tal lugar o en tal año, si tal guerra estalló en tal mes o si tal ley fue promulgada por tal ministro. Pero no podemos decidir del mismo modo acerca de la manera de organizar los materiales que componen un relato histórico. Este trabajo se ocupa de un relato –la obra titulada *Signos de identidad histórica para Navarra*– que quiere explicar una identidad, tratando de mostrar el carácter «inventado» o «imaginado» de ese relato, su no evidencia. Es mi intención sugerir que (igual que en *Les lieux de mémoire*), a pesar de la calidad de algunos de sus artículos, bajo los ropajes académicos de la obra es perceptible una concepción, en última instancia, mítica.

LABURPENA

Obra historiko baten baieztapen guztiak egiaztatu daitezke: gertakizuna bildu zuten tokia eta urtea, gerra baten hasierako hilabetea, lege jakin bat indarrean jarri zuen ministroa. Alta, egilearen esku dago, kontakizun historikoa osatzen duten materialak antolatzeko era. Lan honetan, Angel Martín Duquek zuzenduriko *Signos de identidad histórica para Navarra* obra aztertu da. Egilearen irudiz, eta zenbait artikuluen kalitatea onartuz, *Les Lieux de mémoire*-n gisan, apaingarri akademikoen azpian, ikusmolde mitikoa gailentzen da obran zehar.

ABSTRACT

We can, in a study of history, verify the accuracy of any affirmation made; when and where something took place, what month a war broke out in, what minister introduced what bill. However, we are unable to do the same when it comes to verifying the way material is used in the writing of a historical tale. This piece deals with one such example –the book titled ‘Signos de identidad histórica para Navarra’– and endeavours to prove that the identity offered is ‘imagined’ or ‘invented’ and suffers from a complete lack of evidence. My intention is to suggest that (as in *Les lieux de memoire*), the quality of some of its articles notwithstanding, beneath its academic dressing the work is basically founded upon a mythical concept.